

# ***UNA NOVELA DE ÉXITO***

**Vicente Marco**

«Escucha mi relato, y cuando lo hayas oído, maldíceme o  
apiádate de mí, según lo que creas que merezco».

Mary Shelley. *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

## CAPÍTULO I.

«¡Ah! No había mortal capaz de soportar el horror de aquel semblante».

Mary Shelley. *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

No entraré en someras e irrelevantes descripciones de lugares o personajes y me limitaré a narrar solo eso que los jueces llaman «los hechos».

Comienzan una tarde cualquiera en la que un médico cualquiera alza unas radiografías cualesquiera, las observa al trasluz y luego dice «Está la cosa un poco regular», eufemismo con el que silencia el nombre de una grave enfermedad. Yo misma le pedí que así fuera. Fran nunca conocería el verdadero alcance del *eufemismo*, lo que me comunicaban los médicos en sucesivas visitas, a escondidas, entre pasillos atiborrados de gente somnolienta y ojerosa.

Le dieron la baja y seguía cobrando casi el mismo sueldo sin necesidad de pasar horas y horas en el taller de joyería donde trabajaba «jodiéndose la espalda», así que de repente se encontró con mucho tiempo. Ese tiempo que siempre había echado en falta mientras creaba la *gran novela de su vida*, Alta Literatura, con mayúsculas, la que originaría su... —así la denominaron los medios— *rutilante carrera literaria*.

Unos meses antes había recibido numerosas cartas de «su obra no encaja con nuestra línea editorial» y otras excusas similares, la había presentado sin éxito a premios en los que *un jurado incompetente* no había estado a la altura para apreciarla como debía, y siempre he creído que las sucesivas derrotas que le agriaron el carácter y le robaron poco a poco la jovialidad, fueron la causa que originó su mal.

Trabajaba yo entonces en una compañía de seguros. Una de esas impersonales compañías con oficinas franquiciadas repartidas por el mundo. Apenas unas semanas antes se había incorporado un compañero joven que a todas horas hablaba de libros, revistas, actos, eventos... Él fue quien, cierta tarde, tras varias conversaciones provocadas —porque entonces ya andaba ciega, muy ciega, con la idea de dar una gran alegría a Fran, una alegría que quizá fuera la última—, me facilitó un contacto. No un contacto directo sino del conocido de otro conocido, pero sí un buen contacto, eso dijo. Un contacto con teléfono y una voz al otro lado. Un contacto de una muy buena editorial, al menos de las grandes. Y aunque al no revelar el nombre suene a falsedad, lo cierto es que Fran llamó y le pidieron un pequeño dossier. Lo preparamos durante toda la tarde. Debía contener el título, la sinopsis, su *currículum* literario, las motivaciones que le habían llevado a escribirla, el interés comercial y el primer capítulo. En total, nos ocupó trece páginas.

Pasaron las semanas y no hubo respuesta. Fran perdió unos cuantos kilos y la verborrea. Sus conversaciones se redujeron a fugaces «sí», «no», a veces sin palabras, solo moviendo la cabeza. Y pensé que aquellas últimas «sin noticias» lo habían sumido aún más en la desdicha, que se había resignado, y aquella era otra forma terrible, más terrible, de morir.

Siempre me he preguntado acerca de sus aptitudes. Y no me siento capaz de juzgarlo con objetividad, más allá del «muchas cosas peores se han publicado», sin desprenderme de nuestros sentimientos compartidos. Pero que fuera apto o no, me traía sin cuidado. Habíamos llegado a un punto en el que la legitimidad resultaba trivial.

Llamé al editor desde mi oficina. Varias veces, porque siempre andaba ocupado, en reuniones, de viaje, y creo que pasó casi una semana hasta que al fin me atendió. Me pidió la novela entera y le solicité una entrevista. Se mostró algo reacio. No se negó a

recibirme, pero avisó de que no podría influir en la decisión de un ente etéreo llamado *comité editor* o *consejo editor*, no lo recuerdo bien.

Quedamos más o menos dos semanas después en la sede de la editorial, que yo, en mi ignorancia, había concebido como un imperio que empequeñece a sus visitantes cuando recorren numerosos pasillos previos a la inmensa sala en la que aguarda el terrible editor, sentado a la mesa, al final, girado de espaldas. No es que lo pensara así de ese modo tan explícito, pero me di cuenta de que más o menos me había forjado una idea similar en cuanto me encontré frente a él en un despacho funcional y acristalado.

Me ofreció asiento. Jugueteaba con un lápiz Staedler entre las manos. Calculé que sería de mi edad, cuarenta y pocos. También le había atribuido en mi imaginación una elegancia de la que carecía, y no soy capaz de resaltar ahora, cuando intento rememorar nuestro primer encuentro, ningún aspecto que me llamara demasiado la atención salvo los ojos mansos.

Consciente del valor de su tiempo, no quise robarle minutos innecesarios. Cuando empezó a decir aquello de «Hemos estudiado el dossier que nos remitió su marido y lamentablemente nuestra línea editorial...», espeté a bocajarro:

—Mi marido está enfermo. —El editor detuvo el movimiento del Staedler. Sin duda no esperaba algo así, de buenas a primeras—. Padece uno de esos cánceres que han pillado tarde. Y los médicos..., todos los médicos que hemos visitado, consideran que será un milagro si acaba este año con vida.

Pronunció varios «lo siento» y aguardó a que continuara.

—Su mayor ilusión, su única ilusión ahora, es que se publique la novela.

Tardó un tiempo en reaccionar. Dejó el Staedler sobre la mesa y abrió una carpeta azul. Pasó algunas páginas. Al fin dio unos golpecitos en la madera con el puño y me miró. Repitió que lo sentía. Añadió: «Mucho».

—Precisamente, como iba a venir usted, he agilizado los informes de los dos lectores.

Mostró entonces la hoja encabezada por el título de la obra. Un cuadro con anotaciones que no entendí demasiado bien salvo frases sueltas: «Escaso interés comercial», «Carente de un sólido conflicto», «Centrada en irrelevantes vivencias personales», «Confusa»... y señaló una casilla de apenas un centímetro al pie de la hoja. «Val. general» y debajo un «tres» y un «cuatro coma cinco».

—En estos momentos, solo publicamos obras que tras las primeras lecturas superan el ocho y medio. Es nuestra apuesta literaria, pero cada editorial aplica un criterio en función de sus intereses.

Dijo «en función de» y recordé a Fran, protestando frente a la televisión cada vez que alguien lo decía. Ahora, uno de los adscritos al «en función de», hablaba de la baja puntuación de su novela.

—No puedo ir al comité editorial con esta propuesta. Es que no sé... Lo lamento, pero...

Le pedí que no se compadeciera de mí. No más «lo sientos» ni nada por el estilo. No había dejado a Fran solo en casa para recibir «lo sientos». Ya sufría bastante con los míos propios. Los que me martirizaban día a día cuando me enfrentaba a él, al deterioro constante de su aspecto.

—Puedo pagar —dije.

Alzó las palmas de las manos.

—No hacemos autoedición. Nosotros no...

—¿Qué entiende por autoedición?

—Pues que, de una u otra manera, un autor corra con parte o la totalidad de los costes de edición.

Le dije que manteníamos algunos ahorros provenientes de nuestro trabajo, y dado que la salvación de Fran devenía imposible, estaba dispuesta a gastármelos para cumplir sus ilusiones.

—Pero eso es autoedición y ya le dije que...

—No. No me entiende. No quiero pagar la publicación. Quiero pagar por todo lo demás. Compraré los ejemplares que salgan a las librerías. Todos si hace falta. Y compraré las revistas. Y compraré las reseñas. Y compraré las entrevistas. Y compraré las buenas críticas.

«Y compraré, compraré y compraré...». Ahora me siento ridícula al reconstruir el diálogo a partir del recuerdo. Me veo allí, frente a aquel hombre exangüe, repitiendo el «compraré, compraré, compraré» como si fuera yo la poderosa, y no la gigantesca editorial.

Dio una palmada con la que, sin duda, intentó zanjar nuestra conversación. Dijo:

—No es mala idea para una novela.

Respondí con una frase rimbombante:

—No es mala idea para salvar a un hombre.

Seguramente pensó que no se trataba de salvarlo sino de darle una última alegría o algo parecido. Sonrió.

—En serio. No funcionaría en la realidad. Es inviable. Una locura. No puede imaginar lo que costaría. Habría que organizar una red que se encargara de adquirir los libros en cuanto salieran al mercado. Una red de compradores que los adquiriera poco a poco... Y es imposible mantener en secreto algo así. A los cuatro días se habría enterado todo el mundo. El primero, su marido. Y nosotros saldríamos en todos los medios por montar una chapuza semejante.

—Usted no tiene que montar nada. La editorial no debe montar nada. Solo ha de publicar.

Se quedó callado un instante más.

—De verdad, es absurdo. Créame. Lo digo por usted. Y por mí, por mí también. Si propusiera una barbaridad como esta se echarían a reír o pensarían que se me ha ido la cabeza.

Se levantó para dirigirse hacia la puerta y como no me moví de la silla, resopló de nuevo. Habló más y más, hasta que dijo:

—Mire, voy a poner su idea «negro sobre blanco» y luego, cuando vea de qué estamos hablando, la analizamos, ¿de acuerdo?

Supuse de inmediato que pretendía desanimarme. Que comenzaría a evaluar los costes de distribución, el precio del silencio, de la faraónica estructura, hasta concluir en una cifra inalcanzable. Una cifra que me desalentara, me alejara sumisa y derrotada.

Salió del despacho y regresó al instante al lado de un hombre pequeño, inquieto, con gafas, al que presentó como contable. Le contó lo que yo pretendía. No mencionó lo del cáncer de Fran, así que, tras la explicación, el contable pudo soltar sin reparos una risa, coherente colofón a mi locura. Después se adentró en la hoja sin demasiado entusiasmo, bosquejó cifras y letras.

—Dilo, dilo en voz alta —le conminó el editor.

—Es que resulta un poco complicado. Habría que pagar a una persona en cada plaza. Por lo menos uno por provincia. Y eso... —El editor forzó una mueca de fastidio y me miró. Un gesto de satisfacción, de «Ya se lo dije, señora», que disfracaba con aquel «No va a poder ser, qué lástima». El contable proseguía—: Si, además, añadimos anuncios, reseñas, distribución en lugares preferentes, la compra de los libros que...

El editor se impacientó con tantas explicaciones y con un tono de voz que demostraba su superioridad jerárquica sobre el contable, lo interrumpió.

—¿Cuánto, cuánto calculas, así, por encima, que costaría recomprar por ejemplo ocho ediciones? Porque menos de ocho... Vamos, di. No es necesario afinar. Bastará con una cifra aproximada.

Pensé que no harían falta tantas ediciones. Que, si entre una y otra mediaban por ejemplo dos meses, el tiempo de Fran se agotaría mucho antes. El contable se rascó el cogote, chupó el bolígrafo. Al fin, después de varias tachaduras y de repasar las sumas, escribió una cifra que rodeó con un cuadrado.

Aquella imagen ha quedado grabada en mi memoria como los distintivos con los que marcan a las reses y que perduran a veces en la carne dentro de las bandejas del supermercado.

Supuso una manera elegante de largarme. Me habría encantado replicar que el coste no importaba, que lo asumía porque no iba a permitir que Fran se marchara sin su regalo final, pero nuestros ahorros alcanzaban a lo sumo para cubrir las dos primeras ediciones y cuando se lo dije al editor de ojos mansos alzó las palmas de las manos y sentenció: «Con eso no tendrá el impacto que usted espera», lo cual ya suponía bastante argumento para convencerme, aunque de todos modos añadió: «Y aunque dispusiera de todo el dinero del mundo, el comité no autorizaría la publicación sin que se cumplieran los estándares de calidad». Esta vez recurrió a los socorridos «estándares» y a la calidad, y recordé las evaluaciones de los editores y el ímpetu con el que Fran la había escrito, sus ojos chispeando sueños, la constancia, la seguridad de que estaba creando una obra maestra, la novela que ningún editorial podría rechazar.

Anduve por la calle barruntando soluciones absurdas que llovían del cielo en un desesperado intento de apagar el fuego de la angustia. Algunas resultaban remotamente

posibles. Como crear uno de esos grupos de *crowdfunding* en los que se expone el problema y la gente aporta donativos. Alcanzar la cifra pretendida parecía utópico, pero la principal dificultad en todos los casos, estribaba en mantener el secreto: no desvelar el destino de los fondos. Así que el camino de vuelta se me antojó larguísimo y arrastré el dolor de la impotencia hasta casa.

Cuando llegué, Fran se había acostado.

—¿Cómo te encuentras?

Y respondí:

—Así, así.

Con las sesiones de quimio, aparecieron los vómitos, los silencios. Poco a poco, la tristeza ocupó el rostro de Fran como esa capa de polvo que se deposita cadenciosa e invisible sobre los muebles. No era una tristeza provocada por la debilidad o el miedo a la muerte, sino por una derrota que no había imaginado.

Recuerdo aquellas noches más de remordimiento. De impotencia. De locos devaneos pensando en el modo de sufragar al menos las cuatro o cinco ediciones que lo hicieran feliz.

Solo el dinero me apartaba de su sueño. El dinero solo. Entonces pensé que existía una solución para obtenerlo. En realidad, lo había estado pensando todo el tiempo sin reconocerlo. Una solución absurda, loca, pero una solución. Y cuando Fran muriese sin ver cumplido el sueño, yo no soportaría el remordimiento de no haberlo intentado todo. Durante dos semanas dolorosas di vueltas y vueltas a aquella idea disparatada. Poseíamos un bien valioso: nuestra vivienda. Sin hipoteca. Un bien que, si se materializaba, sumado a los ahorros, cubriría buena parte de la hazaña. Solo debía establecer las condiciones con el comprador. Fijar un plazo razonable de entrega. ¿Y después? ¿Después? Me marcharía donde fuera. Qué importaba el lugar. Un piso pequeño, de soltera. Aunque se encontrara

en peor zona. Aunque no estuviera en muy buen estado. Aunque fuera mucho más pequeño.

Aunque.

Sin duda obré de manera impulsiva, eso me queda en el recuerdo, pero tardé una eternidad de *nuestro escaso tiempo* en llamar a mi prima Ester, que trabaja desde hacía años en una inmobiliaria, y supongo que se quedó bastante extrañada cuando le pedí una cita confidencial después de una década en la que no habíamos cruzado más de diez palabras, aunque hasta los dieciséis años habíamos sido *muy hermanas*.

Las malas noticias alcanzan lugares insospechados y Ester ya se había enterado de lo de Fran. Nos vimos al día siguiente por la tarde en su agencia. Antes de entrar, frente a la puerta de cristal repleta de fotografías de salones, cocinas, cuartos, escenarios de momentos íntimos traspasados, imaginé el instante en que Fran recibe la gran noticia de la publicación. Sus ojos al abrir la carta o al responder al teléfono. Esa energía recobrada, satisfecho ante el deber cumplido. Y cuando me lo cuenta: una explicación que se aleja de sus «síes» y «noes» de los últimos meses. De los malos gestos de ceño fruncido y los pequeños enfados provocados por la desolación.

Ester salió a recibirme tintineando un sinfín de pulseras, pero con los rollizos labios artificiales sometidos a la intriga de aquella cita inesperada. Había engordado bastante. Nada que ver con la rubia seductora de años atrás.

—¿Aquí dentro te va bien? —dijo señalando un despacho acristalado interior—.  
¿O prefieres que vayamos a una cafetería?

Le dije que entráramos y nos reunimos en una sala pequeña, similar al de la gran editorial, semejante a las salas de mi trabajo que llamábamos peceras. Me ofreció un café y negué con la cabeza. Se bajó un poco la exigua falda al sentarse a mi lado.

—Ester, lo que quiero decirte es un poco complicado.

No sabía muy bien por dónde empezar sin que se me crispara el rostro y comenzara a dar un espectáculo allí dentro. No quería que eso sucediera por nada del mundo. Un espectáculo delante de ella, no por favor. Bastante espectáculo era la patraña que había preparado para justificar mis necesidades financieras: utilizaría el dinero en un nuevo tratamiento privado, carísimo, y le pedí que no lo contara a nadie pues, si se corría la voz, Fran acabaría enterándose y él no conocía la gravedad de su estado. También le dije que, aparte de mí, solo ella sabía la verdad. No se me ocurrió nada más ingenioso para blindar el secreto.

—¿Sería es posible encontrar un comprador que pague ahora y entre a vivir dentro de un año? Un año es el plazo que pido.

—Eso hay que pensarlo un poquito con calma.

—Ya, pero no puedo permitirme el lujo de la calma. Se me agota el tiempo, Ester.

Describí la vivienda de manera objetiva, muy inmobiliaria, ajena a lo que en realidad suponía, trozos de vida, emociones, la residencia que habíamos comprado entre los dos durante un largo noviazgo, la ilusión de la que solo quedaba ceniza, reducida a «sin cargas, cuatro habitaciones, dos baños, amplio salón comedor, terraza, cocina y galería, en total unos ciento treinta metros construidos, un quinto en un edificio de cinco plantas con ascensor y solo diez vecinos».

—¡Ah!, y con chimenea.

—¿Chimenea? ¿Con fuego? —Asentí—. ¿Y dónde... por dónde...?

—Un tubo sale a la terraza. La chimenea es de estas..., no sé si la conoces, de pellets.

Ester dijo «Sé cuáles son» y movió la cabeza como si supusiera un plus, aunque no le confesé que nunca había funcionado del todo bien, la casa se llenaba de serrín al cargar el depósito, y el techo de la terraza y la pared, y parte de la fachada se había tiznado con el uso.

—Puedes firmar una hipoteca invertida, en tu caso, sería mejor que la venta y...

—No. No está solo a mi nombre. Los propietarios somos Fran y yo. Y como dije, Fran no puede enterarse de la venta.

Ester alzó las cejas.

—Pero... ¿entonces?

—Por eso he venido a verte.

Ester suspiró.

—¿Estáis en separación de bienes?

—Sí.

De eso ya se había encargado Idelfonso, el Abogadísimo, el hermano mayor de Fran siempre tan pendiente de *nuestros asuntos legales*.

Se quedó callada, como si se le hubieran agotado las ideas. La sabiduría con la que había manifestado aquello de la hipoteca invertida.

—¿No tienes otra propiedad?

—¿Crees que si la tuviera estaría aquí, Ester, hablando de mi vivienda?

—¿Y el piso de tu madre?

—Lo vendimos cuando murió. De ahí sale una parte de los ahorros. Y no es suficiente.

—Pero que cuánto necesitas.

Solté la primera cifra que me vino a la cabeza. Una barbaridad. Ester dijo:

—Joder, esos tratamientos son carísimos siempre. ¿Y es fiable? Porque hay mucho timo.

—Fiable no hay nada. Es un tratamiento, un tratamiento experimental.

—Pero de un doctor, de un hospital, nada de pseudociencia.

Por un momento me recordó a la Ester de nuestras reuniones plagadas de apretones de manos y de «cuéntamelo todo».

—Es un doctor. Pero prefiero no hablar de eso.

—Solo te digo que lo que no puede hacer es abandonar el tratamiento oficial, eso lo tienes claro, ¿verdad?

—Lo han desahuciado. No existe tratamiento oficial que valga, Ester. Esto es solo la última esperanza. Una esperanza remota para no rendirme ya y sentir el peso futuro del remordimiento.

Como no pareció ocurrírsele nada sensato, habló del precio de venta, algo más bajo de lo que yo había supuesto para un piso de cuatro habitaciones situado en una buena zona.

—El problema —dijo al fin, antes de despedirnos— es... es encontrar a alguien que quiera pagar ahora el precio con un documento en el que solo conste tu firma, supeditado a una futura decisión de Fran que no sé cómo vamos a justificar, porque, ¿y si cuando pasa el año se niega a vender?

Yo sabía que, por desgracia eso no sucedería. Negarse. Ojalá. Pero en mi verdad a medias suponía algo posible.

—¿Entiendes?

Perfectamente. ¿Cómo no iba a comprender la dificultad que entrañaba realizar la venta en tales condiciones?

—¿Y si vendo solo mi parte?

Tras una pausa en la que colocó las manos sobre las mías dijo:

—No te digo que no pueda ser, Victoria. Pero es muy difícil. Porque ese comprador igual llega mañana que tarda cinco años o no viene nunca. Y, en cualquier caso, una mitad indivisa para que resulte atractiva debe tener precio de ganga.

Recuerdo que le pregunté, abatida, sin entonación:

—Entonces, qué hacemos.

No se trataba de la pregunta que correspondía a nuestra relación después de tantos años sin apenas saber la una de la otra. Ester hojeó distraídamente unos folletos de la mesa y dijo:

—Lo voy a intentar con un cliente de confianza, a ver si hay suerte.

Me marché de allí convencida de que no había solución y cuando llegué a casa, encontré a Fran muy mal. Pensé que el terrible momento previsto por los doctores se había adelantado.

Lo ingresaron. Empezó una etapa aún más dura. Entubado, se iba consumiendo en esa agonía que anuncia el inminente final. Nos turnábamos para atenderlo. La Tita y yo. A veces, cuando íbamos muy apuradas, hasta su hermano mediano, Damián, que más que ayudar molestaba.

El escaso tiempo para poner en pie mi idea supuso un lastre adicional. La venta, la edición, la distribución... Fran cada vez más triste. Más apagado. Los ojos sin mirada, pequeños, hundidos, tan hundidos...

Pasaron las semanas. El médico suspendió la quimio. Había llegado a un estado en el que debía recuperarse un poco o corríamos el riesgo de que no soportara una nueva sesión. Nunca había sido un hombre fuerte, ni grande, ni grueso, tampoco muy comedor, pero su delgadez extrema alarmaba a las visitas.

Entonces, en una de las tantísimas llamadas telefónicas de aquellos días a Ester, dijo que había encontrado al inversor.

—¿De verdad?

Solo debíamos solventar... un pequeño problema.

—El precio.

Ofrecía bastante menos de lo que habíamos considerado *valoración actual de la mitad indivisa*.

—Ya le he regateado. Esa es su última oferta. Si le subimos un poco, desiste. Pero por ese precio, esta misma tarde firma el contrato.

—Quieres decir que llevará el dinero y harás un documento.

—Lo he preparado ya. Te lo puedo enviar por *mail*.

Leí el *PDF* deprisa y corriendo en el pasillo, con un oído puesto en la habitación y la mirada en las enfermeras que circulaban arriba y abajo con el carrito. Seguro que Ester había dicho al inversor algo así como que necesitaba vender de manera urgente, incluso quizá para enternecerlo había acabado revelándole la historia secreta del pobre marido enfermo y el tratamiento salvador.

La llamé y al final de la tarde nos citamos.

Salí de la agencia con un cheque bancario y no puedo afirmar que me sintiera contenta, contenta no, pero sí con esa liberadora sensación que concede el deber cumplido.